Pregón de las Glorias de Córdoba 2015

A cargo de D. Ángel M. Varo Pineda

Dignísimas autoridades religiosas y civiles. Sr. Presidente y junta de gobierno de la Agrupación de Cofradías. Hermanos Mayores. Cofrades y amigos todos.

Luces de Resurrección
Brillan en Santa Marina.
Hasta se empañan los ojos
cuando en la mañana limpia
nos dicen que el que había muerto
viene derramando vida….

Terminábamos nuestro pregón de Semana Santa de 1991 tras un recorrido, quizá más extenso de lo aconsejable, por los misterios pasionistas que se dan cita en nuestra ciudad, con la Gloria resucitada de Santa Marina, como colofón imprescindible a la Pasión del Señor. Bien sabemos todos que nada de lo que creemos, nada de lo que celebramos, nada de aquello por lo que luchamos, tendría sentido sin la victoria final de Cristo sobre la muerte. Tras el último misterio de dolor del Santo Rosario, «Jesús muere en la Cruz», el primero de Gloria… «La Resurrección del Señor». El eslabón maravilloso donde termina la Pasión y donde empiezan a derramarse infinitas las Glorias del Señor y de la Virgen. La Gloria de la que surgen todas las Glorias. La Gloria esencial de nuestra fe. Alfa y omega de nuestra esperanza. Principio y fin de nuestra creencia. Consumada en Santa Marina como final de la Pasión y presagiada gozosa en el Campo de la Verdad como primera de las Glorias. La Resurrección. Esa que en Córdoba se vislumbra como Rayo maravilloso de luz, todavía en la noche del sábado, presagiándola y alegrándonos el alma, sabiendo de su inminencia. Por eso, cofrades, hoy con un cometido distinto, pero quizá como continuación a un pregón inconcluso, he querido comenzar esta tarde, todavía con el aroma en el aire del Señor Resucitado, casi con las mismas palabras con que terminé mi alocución hace veinticuatro años. Con más canas. Con menos pelo. Con más alegrías y más sinsabores vividos. Con menos miedos. Pero con la misma ilusión que aquel día. Vaya por delante mi agradecimiento profundo al presidente y a la Junta de Gobierno de la Agrupación de Hermandades y Cofradías por esta posibilidad, por este regalo.

Cuando yo era pequeño, apenas tendría ocho o diez años, mi padre se compró un Renault 4-4. De segunda mano, claro. Recuerdo que por aquel entonces, él, como la mayoría de hombres de su generación, trabajaba muchas horas al día para sacar la casa adelante. Muchas horas. Todos los días. Pero también todos los días, el descanso de su jornada era recogernos con

el coche a la caída de la tarde a mi madre y a mí, y al que pudiera de mis hermanos que como eran mayores tenían más tareas que yo. Y un día a San Rafael, otro a los Trinitarios, otro a San Lorenzo, otro a San Pedro, otro a donde encartara; ir a hacer la visita al Santísimo y rezar el rosario en el 4-4 mientras íbamos de acá para allá. Fue así, así de sencillo, escuchando día a día el recitar de los misterios en la dulcísima voz de mi madre, como empecé a conocer vagamente las Glorias de María. Creo que no pudo regalarme el Señor una manera mejor.

Mi madre rezaba el rosario bien, muy bien: con una dulzura infinita. Y es que hay personas que saben hacer determinadas cosas bien. Siempre he dicho que jamás he escuchado a un sacerdote leer el evangelio del Lunes Santo, cuando el Señor va a casa de su amigo Lázaro, mejor que al padre Rafael Cantueso en la penumbra de San Lorenzo. Jamás. Porque no se puede leer mejor. Pues tampoco he oído nunca a nadie rezar el rosario mejor que a mi madre. Proclamar los misterios. Recitar de memoria la letanía en latín… *Sancta Virgo Virginum, Turris Eburnea, Foederis Arca… Ora pro nobis…* En tardes inolvidables de primaveras y de otoños. Cálidas, templadas, frescas… *Virgo Clemens, Ora pro nobis…* Luminosas, apagadas, con horizontes carmines, con horizontes grises… El Carmen de Puerta Nueva, en el que me embebía mirando el carro de fuego de Elías de Valdés Leal, y el Carmen de San Cayetano, ese Monte Carmelo cordobés al que mi madre gustaba de subir a rezar a la Señora que hace de todo lugar tierra santa y jardín, rincón de reposo y esparcimiento para el alma. La historia del peregrino malherido que se convirtió en el Cristo de San Álvaro. La Virgen de San Lorenzo a la que la gente rezaba los martes y trece. El juramento de San Rafael. La ventanita de la calleja del Toril desde la que se divisa el perfil de la Virgen del Socorro. Rincones entre otros que fuimos descubriendo siempre entre dos luces. Siempre a la caída de la tarde. Siempre con la misma letanía…*Mater Amabilis… Mater Admirabilis… Ora pro nobis…* Escuela de Glorias, Gloria de escuela… Así empezamos a conocer las Glorias cordobesas. Una a una. Como las cuentas del rosario que tarde a tarde desgranaban sus manos.

Scala-Coeli.

Recuerdo que me encantaba cuando íbamos a Santo Domingo. A mi padre no le gustaba conducir de noche. Ni mucho ni poco: nada. Por eso a Scala Coeli, cuando íbamos, era algún domingo por la mañana. Muy despacito por las curvas, porque el 4-4, no era un ejemplo de seguridad. Y yo me embebía en sus palabras cuando me contaba la historia del peregrino malherido que San Álvaro se encontró por el camino, lo atendió, lo tomó en sus brazos, y al llegar al convento lo dejó en el atrio y entró a pedir la ayuda de los otros frailes para atenderlo. Al salir a por él, por milagro del Señor, aquel peregrino se había convertido para siempre en el Cristo de Scala

Coeli… Y yo miraba al Cristo, y es verdad que le veía cara de hombre, como se la sigo viendo ahora. Todos sabéis que mi casa era más de penitencia… Y yo estaba más acostumbrado a ver a mi Cristo de la Misericordia, al de la Buena Muerte, al del Remedio de Ánimas, y en mi concepción infantil, eran Cristos que tenían cara de Cristos. Pero el Cristo de Scala Coeli tenía cara de hombre. Evidentemente, porque era un hombre que se había convertido en Cristo. Y yo lo miraba y lo miraba, y reflexionaba en mi inocencia… ¿Cómo puede haber gente que no crea viendo con sus propios ojos este milagro…? Porque la historia del peregrino era radicalmente cierta. Me la había contado mi padre, y mi padre, a mí, no me engañaba nunca. Y yo no enten-día que hubiera gente que no creyera viendo la evidencia de aquel hombre que se había convertido en Cristo…

Hoy, las reflexiones me las hago un poco al revés. Pero sospecho que debo de seguir teniendo algo de niño, porque llego a las mismas conclusiones. Ahora entiendo que el milagro grande no es que un hombre se convirtiera en Cristo de madera. Es que diariamente, cotidianamente, continuamente, Cristo se convierte en un montón de hombres de carne y hueso. Hombres y mujeres de buena voluntad que hacen de su entrega a los demás la razón de su vida. De enfermos que ofrecen resignadamente su sufrimiento. De víctimas de la injusticia. De necesitados. Pero también de misioneros, de sacerdotes, de religiosos, de seglares casados o célibes, de personas que luchan día a día en el nombre de Cristo por un mundo mejor a costa, como vemos con demasiada frecuencia de sus propias vidas: Mártires del siglo XXI. Cristo, el Cristo de Scala Coeli se vuelve a convertir cada día, por milagro maravilloso, en un montón de hombres. Y sigue habiendo gente que no cree viendo este prodigio con sus propios ojos… *Regina Apostolorum… Ora pro nobis…*

La falda de la Sierra

La falda de la Sierra huele a Gloria, tanto como a hinojo y a tomillo. Y brota la Gloria como esparraguera, y echa raíces fuertes como alcornoque. Y se palpa en la luz, y en el sol, y en el alma. Y todo proclama la Concepción Purísima de María. Porque está allí, exactamente allí, en la distancia justa para no perder de vista la ciudad, pero sin que los ruidos y las prisas de lo urbano puedan llegar a perturbar la paz de su prudente retiro, señorea la Capitana de San Fernando en uno de los parajes más hermosos de las estribaciones de la sierra. La Virgen de Linares, a la que se encomendó el rey Santo antes de devolvernos la cristiandad, para que lo aconsejara en la reconquista de Córdoba. *Mater Inmaculata, ora pro nobis… Mater boni consilii, ora pro nobis…* Paraje sublime, donde siempre que vuelvo, vuelvo a escuchar la voz de mi madre, cordobesita, ella, de rostro hermoso, tarareando los sones inmortales de Ramón Medina por el puerto de la Salve.

Guadalquivir arriba y abajo

De la sierra a la campiña. De la campiña a la sierra, río arriba, río abajo, cruzando de ida y vuelta las dos orillas del Guadalquivir, han anidado en esta Córdoba nuestra, mariana como la que más, devociones de otros parajes más o menos distantes que la tradición y el tiempo han conseguido hacer también nuestras, muy nuestras. Desde el Cerro del Cabezo hasta las arenas de Doñana. Desde Chiclana de Segura hasta el corazón de nuestra campiña donde mora la celestial patrona del campo andaluz. Vamos a donde haya que ir para dar Gloria a la Madre de Dios. Nazaret, Cabeza, Araceli, Rocío… Córdoba es generosa en sus devociones, y esa fe se derrama hasta más allá de los límites de la propia ciudad. Emociones derramadas en primavera que se encaminan peregrinantes hasta distintos puntos de esta Andalucía nuestra.

Y nos iremos hasta Lucena, donde viviremos una de las mayores manifestaciones marianas que se puedan concebir, y ofreceremos nuestras plegarias con la certeza de ser escuchados ante ese purísimo altar del cielo. Y nos encaminaremos hasta Andújar, donde la Reina Morena de nuestra sierra congrega en torno a sí miles de almas romeras de vocación en una de las peregrinaciones más multitudinarias de nuestra geografía, liberando esclavos de alma, redimiendo prisioneros de la tristeza, siguiendo el carisma generoso de sus custodios trinitarios. *Consolatrix afflictorum… Ora pro nobis…* Tengo la suerte, permitidme que lo comparta con vosotros sin vanagloria pero con un inmenso orgullo, de haber aportado el pobre trabajo de mis manos a los detalles dorados que lucen en la pétrea mesa donde se celebra la Eucaristía en el altar mayor del santuario. Nunca había dorado piedra: fue algo nuevo y distinto para mí, y aquel pequeño trabajo fue para este pregonero un regalo precioso de la Virgen. En los tres fines de semana que tuve que desplazarme a las inmediaciones del santuario, donde estaba el estudio del escultor, pude palpar «in situ», de primera mano, comprobándolo en los ojos y en las palabras de las personas que conocí, la fuerza y la devoción que tiene la Virgen de la Cabeza. Y pude comprender por qué este amor infinito no cabe en el campo iliturgitano y no le queda más remedio que derramarse, cerro abajo, hasta todas las tierras de gentes de buena voluntad. *Virgo veneranda… Ora pro nobis…*

Blanca Paloma

Y con una Salve en los labios, bajando hasta el río, despidiendo con una mirada a la reina de Sierra Morena, dejándonos llevar por la caprichosa corriente del Guadalquivir, sus aguas se encargarán por sí solas, pasando por Córdoba, por la Catedral, bajo los arcos milenarios del puente romano, de acunarnos hasta las amplitud infinita de su desembocadura donde nos espera siempre la Pastora Bendita, la Blanca Paloma, la Reina de

las marismas. ¿Por qué te llamas Rocío…? Tu nombre ¡qué bien me suena!…

La ermita blanca de la patrona de Almonte ha sido también otro de los lugares que aprendimos con el fondo sublime del runrún del rosario de mi madre. Cuando mi hermano Paco estaba estudiando en Sevilla visitamos innumerables veces la aldea para ver a la Virgen, para hacer nuestra romería. Mi madre siempre me explicaba –escuela de Glorias, Gloria de escuela– que en los benditos lugares marianos como el Rocío, como Linares, como el Cabezo, como Guadalupe o como cualquier otro, no se hacía una sola romería. Se hacían millones de romerías, porque cada persona que los visitara con fe estaba haciendo la suya propia. Y que algunas personas que los visitaban no eran romeros. Porque para que fuera romería había que cumplir una condición imprescindible: rezarle a la Virgen un rosario a la ida, rezarle a la Virgen un rosario en su ermita y rezarle a la Virgen un rosario a la vuelta; eso era una romería. Y luego, charlas, copita, cante, y lo que fuere menester, como consecuencia de la alegría interior de sentirse romero. Que todo era agradable a los ojos de Dios cuando se hacía con fe. Y nosotros la hicimos infinidad de veces en todas las épocas del año.

De mayor, buenos amigos que uno tiene la suerte de tener, me enseñaron la de Pentecostés. Y me estremecí hasta el llanto viviendo la infinita sencillez de la salve cantada al simpecado cordobés en el puente del Ajolí. Y el

rosario entre los pinos a la caída de la tarde el jueves tras cruzar el Quema. Y la visita de cortesía a la hermandad de Villamanrique. Y la presentación de las hermandades el sábado. Y tantos y tantos rostros llenos de fe junto a la reja… Y pude atestiguar de primera mano, y atestiguo, que por encima de lo que puedan proclamar voces malintencionadas, la inmensa mayoría, la aplastante mayoría de las personas que allí se congregan, son romeros. Lo son, según el criterio que aprendí de mi madre. *Causa nostrae laetitae, ora pro nobis*.

Permitidme, cofrades, que os cuente una historia sencilla, muy sencilla: pero grande, muy grande. Desde hace años, muchos años, un buen amigo del alma, un hermano, de los que me enseñaron el Rocío de mayor, cada vez que va, y va mucho, enciende dos velas a la Blanca Paloma por mis padres. Antes, para rezar por ellos. Ahora, para rezarle a ellos. Mirad qué sencillez. Pues no sabéis lo que me entra por el cuerpo cada vez que me dice: «*Angelito… Tal día estuve viendo a la Señora y le puse sus dos velas…*». Eso es ser romero. Eso es ser cristiano. Eso es ser rociero. Pues como él, con esa fe, con ese amor, infinidad… La inmensa mayoría… Después, que los ignorantes digan lo que quieran…

Es una planta de Cruz,
blanca, que tiene tres puertas.
Si entras por la principal,
la que queda a la derecha,
después de ver a la Virgen
da a las marismas enteras.
Y la otra, la que llaman
de Europa las nuevas lenguas,
al cruzarla de salida
abre paso a las arenas.
Una viene de la vida,
y otra da a la Gloria plena,
tan sólo, por una Salve
que habrás de rezarle a Ella.
Junto a la de las marismas,
hay una sala que entera,
está siempre reservada
a que alumbren las promesas,
en forma de fuego vivo
para que Ella bien las vea.
Y allí se funden amantes
como lágrimas de cera,

infinidad de oraciones…
miles de plegarias nuevas,
que los buenos peregrinos
a la Pastora le rezan.
Allí, hermanos, siempre, siempre,
están ardiendo dos velas
que un buen amigo del alma
pone cada vez que llega:
dos velas que no se agotan,
dos velas que no se queman,
porque están hechas de amor
en lugar de ser de cera:
por mi padre y por mi madre
que ya cruzaron la puerta…
esa que tras de la vida
da a las marismas eternas…
Que lo sepa todo el mundo:
que en el rincón de promesas
de la ermita del Rocío,
gracias a una mano buena,
por Paco y por Angelita,
hay siempre ardiendo dos velas.

Y a la vuelta, cuando, como rezaron los Romeros de la Puebla, «se queda sola la Raya y el Quema, y los carriles con los surcos que dejaron las carretas», remontaremos Guadalquivir arriba para seguir viviendo las Glorias de Córdoba.

Villaviciosa y Acá.

Porque a Córdoba se ofrecen generosas todas las Glorias de la Madre de Dios, desde su nacimiento encarnado en San Lorenzo en la antiquísima devoción a la Virgen de Villaviciosa a primeros de septiembre, hasta su partida hacia la patria celestial en los rigores de agosto en el Alcázar Viejo. Villaviciosa… Sanadora de almas y cuidadora de manos entregadas a curar heridas: dulce Patrona de enfermeros, de manos sanitarias ofrecidas a los demás, en la noble tarea de mitigar sufrimientos… *Salus infirmorum, ora pro nobis…* Tránsito, clamor de un barrio amurallado, cerrado de puertas y abierto de corazón, que se viste de fiesta grande para despedir a la Virgen de esta cárcel mortal y humana guerra, como cantara Góngora. *Reina in coelum assumpta… Ora pro nobis…*

En realidad, cofrades, no es ni siquiera eso. Es más. Es mucho más. La Gloria de María se derrama generosa en Córdoba, no desde su nacimiento

en Villaviciosa hasta su Asunción en el Alcázar Viejo, sino desde antes hasta después. Desde su Inmaculada Concepción en Linares, hasta su llegada al cielo en Capuchinos, partiendo de San Basilio, en una de las advocaciones de Gloria más sencillas y queridas por mí: las tres Avemarías. Perdonadme, hermanos, que aquí tenga que volver a la mano de mi madre… ¡Cuántas y cuántas veces nos paramos juntos a rezárselas en la pequeña capilla lateral del convento del Santo Ángel, antes de ir, ineludiblemente, a ver a la Divina Pastora a la que tenía una devoción especialísima!. Me estremecía y lo sigue haciendo, ahora con más motivo, la bellísima y enternecedora representación de aquel momento –escuela de Glorias, Gloria de escuela–que ella me explicó, porque yo no terminaba de entender muy bien la escena. El momento sublime en que, portada por los mejores ángeles del cielo, recibe el saludo gozoso de tenerla de nuevo con ellos, de cada una de las personas de la Santísima Trinidad. Padre, Hijo y Espíritu Santo…. Ave María, Ave María, Ave María. *Regina angelorum… Ora pro nobis*.

Desde su concepción hasta que escuchó el saludo de las tres voces de la Santísima Trinidad y desde esas tres Ave Marías hasta hoy mismo y por

siempre, los cristianos tenemos la certeza, la fuerza que da sentirlo y la confianza y el consuelo que eso conlleva, de saber que siempre, por siempre y para siempre, las Glorias de María se convierten a diario en gracias infinitas para nosotros continuamente, a cualquier hora, las merezcamos o no, que eso, para Ella, es lo de menos. Porque Ella está siempre infinitamente por encima de nuestro merecimiento. Sólo con pedirlas con fe. Y a veces, amor desmesurado de madre, sin ni siquiera implorarlas, gratuitamente, generosamente, a todos sin distinción: del más grande al más pequeño, que en sus manos hay amor para todos. Desde la ternura indescriptible de Fátima en que se mostró a los tres pastorcillos Lucía, Jacinta y Francisco, hasta la inspiración desde el Carmelo a la doctora Santa Teresa, siempre presta, deseosa, impaciente, por entregar a todos su auxilio y su socorro.

María Auxiliadora

Su auxilio y su socorro… Dios mío. En Salesianos y en la Corredera. Por cierto, hermanos ¿Vosotros no os habéis preguntado, como me pregunto yo, qué tiene la devoción al auxilio de María, que todo aquel que la experimenta queda marcado de por vida de una manera especialísima, que es un sentimiento contagioso, difícil de explicar y absolutamente espontáneo? Es algo que a mí, que no he sido alumno salesiano, me ha llamado poderosamente la atención desde siempre. Quien entra de una forma u otra en la obra Don Bosco, quien simplemente la conoce un poco o se relaciona de alguna manera con su carisma, queda absolutamente enganchado de por vida a la devoción a esta Virgen. Y puedo hablaros, incluso, por experiencia propia, aunque, como digo, no haya pasado por las aulas del Colegio.

Algo tendrá el agua cuando la bendicen y es que quizá–no tengo el dato exacto ni me voy a parar a buscarlo– sea una de las advocaciones del mundo que más veces ha sido coronada por la devoción popular en sus distintas imágenes. Por algo será: muchas Marías Auxiliadoras Coronadas se reparten por toda la geografía mundial para ser fúlgida estrella de cualquier mar tempestuoso, por mucho que lo sea… Para guiarme a puerto, a mí y a todos, salvo y feliz.

No lo dudes. Sé que no lo dudas, hermano tenor de mi Capilla… Junto a la nuestra, de toda la vida, a la que muchas veces de pequeño hicimos también la visita, he tenido la suerte por motivos profesionales de involucrarme en la archicofradía de Málaga y hasta de ser un año hombre de trono de la Virgen de Don Bosco en la capital de la Costa del Sol, cuando Ella sale a bendecir cada veinticuatro de mayo todas las calles de la feligresía de la Divina Pastora. Como dice el poema, «no se puede figurar, el que aquello no conoce», la infinita devoción que arrastra por aquellos lares, como por estos, como en cualquier rincón del mundo donde se encuentre, la bendita devoción a la madre de Dios, auxilio de los cristianos… *Auxilium christiano-*

rum, ora pro nobis…

Pero volvamos a Córdoba de nuevo. Perdonadme, pero la Gloria de María no tiene fronteras, y ya he salido varias veces de nuestras murallas en este pregón. Espero, de verdad, no estar fatigando demasiado vuestro ánimo con este rosario de recuerdos y de vivencias. Pero no sé hablar de otra cosa, no se me ocurre nada mejor que compartir las emociones del alma. Los latidos del corazón que suben a mis canas, que ya van siendo bastantes, gracias a Dios.

Desde la primera palabra que escribí, desde antes, desde que me llamó el presidente de la Agrupación, tuve claro que no iba a mirar absolutamente nada en internet, porque para eso no es menester hacer un pregón, pues esa información está ahí y la consulta quien quiera. Sólo puedo ofrecer lo que tengo, la verdad de lo que soy, por poco que sea. Y estoy gozoso en ello, contando de antemano con vuestra comprensión.

El Socorro

Y hablando de vivencias, repasando recuerdos imborrables, regalos que Dios y la vida te dan para que vivas con mayúsculas, para que sientas, para que vibres, para que te emociones cada vez que esos momentos vuelvan a tu cabeza; en mí, desde mi primera juventud, está la Virgen del Socorro Coronada, la Reina de la Plaza, Ésa que siempre puedes ver por su ventana de la calleja del Toril, sea la hora que sea. Socorro permanentemente ofrecido para todos: como se diría ahora, un "veinticuatro horas" para el consuelo del alma.

Apenas tenía diecisiete años. Y quizá hasta fuera, casi, casi de los mayores. Unos pocos locos, como yo, planteamos a mi padre, por aquel entonces hermano mayor de mi Hermandad, hacer una cuadrilla de costaleros; lejos de la riña que esperábamos, él, que fue un adelantado a su tiempo en cofradías, nos apoyó absolutamente, pero pensó que –para que nos sirviera de experiencia antes de Semana Santa–, iba a hablar con su amigo Antonio Moyano, a la sazón hermano mayor del Socorro, para plantearle que los chavales de la Misericordia sacáramos a la Reina de la Plaza. Y así fue. Con el

beneplácito de todos los que tenían que darlo, nos pusimos manos a la obra, y lo conseguimos…

Jamás, hermanos, jamás olvidaré la primera vez que me sentí costalero, jamás olvidaré aquellos ensayos por la Corredera escalonada, jamás se borrará de mí aquella primera salida, muy distinta de la que conocemos hoy. Las coplas emocionadas a la Virgen de los gitanos de la calle Carlos Rubio, las gentes de la Plaza en estado puro con su bendita Madre, el clamor de la Córdoba más profunda hacia la Madre de Dios: regalos, regalos impagables de la vida que te consienten que sientas la certeza de que estás viviendo, de que estás sintiendo, de que tienes un alma que Dios te ha regalado para que la llenes de cosas que merecen la pena… *Refugium peccatorum… Ora pro nobis*.

Todas las Glorias

Las Glorias que Dios puso en María, con todos los nombres que queramos soñarle, se multiplican ante nosotros para llegar siempre a todos los rincones. Cada persona, cada barrio, cada pueblo tiene su propia devoción a la Madre de Dios, la llamemos como la llamemos. Bien sabemos esto los cofrades. Variará la imagen de la Madre de Dios, variará su advocación, variará la historia de cómo llegó a ese barrio, a ese pueblo… pero no cambia su gracia Inmaculada, no cambia su nombre, María, no cambia nunca ser la Madre del Señor y Madre nuestra.

Ya he dicho que no voy a volver a salir de nuestras murallas. Pero como por mucho que yo salga o deje de salir con mi palabra, lo que es irremediable es que el amor a la Virgen no entiende de murallas ni de lugares, este año en nuestra ciudad, vamos a vivir el hermoso milagro de que no hará falta ni salir. Son Ellas las que vienen, privilegio histórico para esta Córdoba nuestra que se desbordará gozosa de las mejores gracias de María, de las imágenes y advocaciones más queridas de toda nuestra diócesis para convertir a Córdoba durante dos días en capital mundial de la Gloria mariana. Gracias, de corazón, y ahora el pregonero es consciente de hablar en nombre de muchos, a todos cuantos con su esfuerzo van a hacer posible este evento histórico: Obispado, Cabildo, Agrupación de Cofradías, párrocos o rectores de los templos donde se van a alojar las distintas imágenes, cofrades de Córdoba y de toda la provincia que vais a trabajar durísimo en vuestras hermandades privilegiadas en participar para ofrecernos a todos este regalo histórico de rebosar de Gloria Córdoba entera.

Vamos a tener la oportunidad de conocer cara a cara, de primera mano y en primera persona, en una concentración magna, a aquellas que son sagrario de la devoción popular más profunda, y pilares esenciales de la fe de nuestro pueblo. Gracias a todos de corazón, porque un regalo de esta envergadura, bien vale la pena vivirlo. *Mater Ecclesiae… Ora pro nobis*.

Fuensanta

Sería extenso, quizá demasiado, aunque bien merecería la pena, detenernos en todas y cada una de las imágenes sagradas que van a bendecir nuestras calles. Pero para esto, seguro, sería necesario otro pregón. Por eso, permitidme, cofrades, que me centre, aunque sólo sea mínimamente, en la que es Patrona de todos sin excepción, la Virgen de la Fuensanta, Patrona de las cofradías, de todas y de todos los cofrades.

Decía el Padre Cantueso –otra vez tengo que nombrarlo- que los tres pilares de la fe y de la devoción cordobesa, eran la Fuensanta, los Santos Mártires y San Rafael. Y no seré yo, desde luego, el que diga que iba desencaminado, porque la Virgen de la Fuensanta guarda en su pequeña imagen siglos de devoción, infinidad de jaculatorias y de oraciones de generación en generación. Sólo hay que pasar por su santuario para ver la cantidad incontable de huellas de las gracias y los bienes concedidos por su intercesión. Ir a visitarla en su día y constatar en torno a ella la presencia masiva de un pueblo entero que le sigue rezando, que le sigue pidiendo, que sigue confiando en Ella… Y que sigue recibiendo de sus manos su inagotable gracia justísimamente coronada. *Regina Virginum… Ora pro nobis*.

Los Santos Mártires

Comprenderéis, hermanos, que el segundo pilar sobre el que se asienta la fe cordobesa le toca al pregonero muy directamente, en pleno corazón: ¡Cuántas y cuantas veces habré rezado con mis padres ante la urna de los Mártires, en la penumbra de la impresionante capilla del Sagrario de San Pedro, cuando todavía no era Basílica!.

¡Cuántas veces me he quedado absolutamente embebido mirando esas reliquias! He querido imaginármelas con vida, sabiendo desde pequeño de su sacrificio, de su ejemplo, de su valentía. Y he comprendido con el tiempo, poco a poco, que era imposible tener más vida que la que tienen: la vida en plenitud, glorificada, enaltecida por el Señor como gratitud eterna a su entrega: Escuela de Glorias, Gloria de escuela.

Ahora sé de sobra que son muchos más de los que se veneran en la urna los mártires que ha dado esta tierra a lo largo de la historia, lejana y no tan lejana. Pero allí están todos, todos los que han dado su vida por amor a los demás, por amor a Dios y a su bendita Madre.

No puedo dejar de recordar, porque todavía siento la emoción a flor de piel, la experiencia inolvidable vivida con mi Hermandad en la peregrinación martirial a la Santa Iglesia Catedral, la misa solemne presidida por nuestro señor obispo, la ida y la vuelta: auténticas manifestaciones de fe y alabanza a nuestros Santos Mártires, silenciosas, serenas, pero convencidas y fuertes. Porque a veces, desgraciadamente sólo a veces, no hay que chillar para proclamar la verdad, porque la verdad se proclama por sí sola. *Regina*

Martyrum… Ora pro nobis.

San Rafael

Los Mártires de Córdoba son un regalo doble para nuestra ciudad: lo que son, lo que han sido y lo que serán: todo eso, en esencia, ya es un don importantísimo, riquísimo por sí solo; pero, además, el hallazgo de sus reliquias fue la causa, la razón que hace siglos llevaba buscando, para que San Rafael se presentara ante nosotros para decirnos:«Aquí estoy yo, soy vuestro custodio, vuestro guardián encargado por Dios. Esos huesos que habéis encontrado son las reliquias de vuestros Santos Mártires. Y os juro por Cristo Crucificado, que no voy a dejaros solos para defender lo defendible de esta ciudad».

Y hay muchas cosas que defender y custodiar en esta ciudad, Rafael. Ahora, quizá, incluso más que cuando te presentaste: desde lo más profundo, Rafael, hasta lo más sencillo; desde las raíces más ancestrales de nuestra fe hasta nuestras tradiciones más hermosas basadas en la piedad popular. Desde el más humilde altar de la última esquina en la calle solitaria, hasta nuestro templo mayor, nuestra Catedral…¡¡¡NUESTRA CATEDRAL!!! Hay muchas, muchas cosas que custodiar todavía en esta ciudad. No nos abandones. No olvides tu Juramento porque nos haces mucha falta, Rafael, mucha…

¿Recuerdas, Custodio…? ¡Cuántas veces fuimos a hacerte la visita en mi niñez, aparcando el 4-4 en la mismísima plaza! El runrún sereno y dulce de la letanía de mi madre revive en mi cabeza y me bendice cada vez que voy a verte… De mayor, ¡cuántas veces la acercó mi hermano Antonio a que te rezara en el día de tu fiesta, cuántas…! ¿No es suficiente, Rafael, para que no nos dejes…? Sé que lo es… Nunca nos dejarás, nunca lo has hecho desde tu promesa, y lo sé, lo sé sin que me lo haya contado nadie, de tus propios labios, de tu boca… Porque fue precisamente una fiesta tuya, cuando no consentiste el abandono.

Y es que a las Glorias les pasa como a las penitencias. Tienen sentido sublime para nosotros, cuando somos capaces de aterrizarlas y verlas en personas concretas, porque aterrizan y viven en personas de carne y hueso: no son plenas la oración ni la devoción que entregamos a nuestro Cristo o a nuestro Nazareno si no somos capaces de ver ese dolor en el que sufre de cuerpo o de alma, en el necesitado, en el más débil, en el doliente, en el enfermo.

Con las Glorias pasa igual: nuestra fe llega a su plenitud cuando vemos la Gloria de Dios materializada palpablemente en una persona. Y tú, Arcángel, me lo enseñaste. Por eso, entre otras muchas cosas, te creo firmemente, Rafael. En 2010 mi madre no fue a verte para felicitarte, ¿qué te voy a contar que tú no sepas…? Estaba muy malita. Yo tuve la bendición de pasar

su última madrugada con ella, la madrugada de tu fiesta. Entre dolores y serenidad. A la mañana, tuvo que ser ingresada en un centro hospitalario para mitigar sus últimas horas, y al rato quedó plácidamente dormida con la medicación. Avisamos a mi hermano el mayor, sacerdote, que vive a casi mil kilómetros y se precipitó a venir con urgencia. A la caída de la tarde, de tu fiesta, Rafael, cuando mi hermano estaba recién llegado a tu tierra y a la nuestra, se despertó. Y quizá, lo último que viera, sabe Dios entre qué penumbra, fue a su hijo mayor que le preguntaba si anhelaba, una vez más, el Santo Sacramento. Asintió con la cabeza. Y sus últimos momentos de lucidez, fueron para vivir la infinita felicidad de vernos a todos reunidos en torno a ella y recibir el consuelo sacramental de manos de su hijo. Pasados sólo siete minutos de concluir tu fiesta, sólo siete minutos, te la llevaste serenamente… No sólo no te lo reprocho, Rafael, sino que te entiendo. Supongo que te hacen falta manos para ayudarte a custodiar las muchas cosas que aún merecen la pena en esta ciudad. No sólo no te lo reprocho, Rafael, sino que te creo con firmeza, te creo porque sé que estás pendiente de todos los detalles… Hasta el más mínimo, de permitirle terminar tu día… *Regina Sacratissimi Rosarii… Ora pro nobis*. Escuela de Glorias. Gloria de escuela….

Porque las Glorias no siempre son gozosas. A veces son dolorosas sin dejar un ápice de ser Glorias. No lo dudes, sé que no lo dudas, hermano tenor de mi capilla. ¿O no es Gloria también, la que en lugar de la ternura de Cristo niño, sostiene serena en San Agustín al hijo ya hombre y muerto en sus brazos después de salvarnos? ¿No es esa una imagen de Gloria? ¿No es una lección de Gloria, la valentía de la Virgen erguida y sola junto a la Cruz en Santiago? ¿No lo es? ¿No es Gloria, acaso, la infinidad de consuelo que derrama María la tarde del Viernes Santo asumiendo para sí los Dolores de todos? Decidme si eso no es Gloria, porque yo estoy convencido de que lo es… Como es Gloria bendita para todos su Desconsuelo, sus Tristezas, su Amargura, su Mayor Dolor, su Soledad…. Eso también son Glorias de María, porque las puso a los pies del Señor con una fe y una dulzura infinitas, como don imprescindible en la historia de la redención. Y porque nos proclamó con su ejemplo y para nuestro consuelo que las Glorias, hermanos, no siempre son gozosas… A veces son dolorosas, sin dejar un ápice de ser Glorias… Y porque después de éstas, nos llega siempre de sus manos la Gloria regalada gratuitamente de esa Piedad suya que nos consuela, esa Esperanza que nos alegra, esa Gracia y ese Amparo que nos fortalece, esa Merced que nos libera, esa Paz que nos inunda… Glorias de María… Infinitas… Para todos nosotros… De todos los estilos… con todos los matices…

Ahora hermanos, ya pronto a concluir, sólo me queda pedir perdón por este pregón. Quizá excesivamente personal. Pido perdón a las hermandades que no se hayan sentido suficientemente tratadas por mi palabra. Pero

he querido ofreceros lo único que tengo: mi vivencia, mis recuerdos, mi emoción, mis sentimientos, mi fe. *Mater Christi… Ora pro nobis…*

Y permitidme, por fin, que me despida como no sabría hacerlo de otra manera: volviendo la mirada a Ella, dándole gracias a Ella, postrándome ante Ella, la que ha sido mi norte y mi guía desde mi infancia. La que conocí, no ya de la mano, sino en brazos de mis padres. La que ha estado siempre presta y deseosa de ofrecerme su amor de Madre y su caricia. Ella. La que para mí, cofrades, es compendio sublime de todas las Glorias que se puedan concebir. Ella, la que llena mi alma de consuelo, simplemente con pronunciar su nombre…

¿Alguno pensaba, hermanos,
que me iba a ir sin nombrarla…?
¿Que yo saldría de aquí
de manera cabizbaja
sin articular su nombre…?
¿Sin que mi boca engarzara,
dándole gracias al cielo,
sus ocho letras de plata,
que todas, una por una,
las tengo a fuego en el alma?
La L, de la más dulce
que por este pueblo anda.
La A, del amor sublime
que en sus suaves manos guarda.
La G, de la gracia pura
con que Dios quiso adornarla
desde que fue concebida
con el alma inmaculada.
La R, de Reina humilde.
La I, de imagen calcada
de la que en el cielo está…
que no puede ser más guapa.
La M, de Madre nuestra,
consuelo de nuestras almas…
Otra A, que tanto amor,
con una sola no basta,
Y la S, del plural
que multiplica sus gracias…
¿Alguno pensaba, hermanos,
que me iba a ir sin nombrarla,

a la del nombre más dulce,
la de porte más galana?
¿A esa que aprendí a rezarle
con mis primeras palabras,
la que está siempre conmigo,
la que siempre me acompaña,
la que llueva o haga frío,
viene todas las mañanas
a esperar que yo le cuente
las cositas de mi alma?
¿Alguno pensaba, en serio,
que me iba a ir sin nombrarla,
la que fuere donde fuere,
en San Pedro o Santa Marta,
ha estado siempre pendiente
de cada paso que daba,
a veces, sin darme cuenta,
pero siempre, siempre, estaba?
¿La que quiso que yo fuera
costalero de sus andas
allá por mi juventud…
Y me consintió llevarla
por esa calle del Poyo,
por esa bendita Almagra…
Miércoles de luna llena,
atardeceres de nácar…
La que estuvo con mis padres
oculta bajo su almohada
en sus últimos suspiros
dándoles dulzura y calma.
¿Alguno pensaba, hermanos,
que me iba a ir a mi casa
sin articular su nombre,
sin que mi boca engarzara
dándole gracias a Ella,
sus ocho letras de plata…?
No iba a hacerlo, Madre mía…
No callaré esa palabra
que tanto consuelo tiene,
aunque suene a pena amarga.
La pronunciaré, Señora,

no renuncio a proclamarla,
mientras te digo al oído,
bajito, que muchas gracias,
por la Gloria inmerecida
que he tenido esta jornada
de poder cantarle a todos
las Glorias que nos regalas.
Déjame que yo te mire
y mírame tú a la cara…
que aquí me tienes, mi Reina,
de mi niñez a mis canas,
por el tiempo que Tú quieras
para seguir pronunciándola.
Aquí me tienes, Señora,
roto de amor a tus plantas,
entregado, desde siempre,
a tus Glorias de oro y malva…
entregado para siempre…
¡a la Gloria de tus Lágrimas!

HE DICHO

Ángel María Varo Pineda
Pregón de las Glorias de Córdoba 2015
Iglesia de la Merced, Córdoba, 11 de abril de 2015

Edita: Agrupación de Hermandades y Cofradías de Córdoba